

HOMILÍAS
EN TIEMPOS
DIFÍCILES
CHUS VILLARROEL O.P.



EVODIA

Índice

Sobre el autor	7
Prefacio	11
Introducción.....	9

Adviento y Navidad

01. Un festín de manjares succulentos.....	9
02. Inmaculada Concepción.....	19
03 No temas, gusanito de Jacob	31
04. Nochebuena.....	42
05. En brazos.....	53
06. Nochevieja	62
07. Reyes Magos	71
08. Bautismo en el Jordán	80

Cuaresma y Semana Santa

09. Miércoles de ceniza.....	90
10. Vino nuevo	100
11. Subida a Jerusalén.....	109
12. No he venido a abolir	119
13. La verdad os hará libres.....	129
14. La Anunciación	138
15. El Siervo de Yahvé	147
16. Jueves Santo.....	156

Pascua y Pentecostés

17. La clave de la resurrección	168
18. Pandemia ungida	177
19. Pan de vida	188
20. Palabra de vida eterna.....	199
21. La vid y el sarmiento	208
22. Convencerá al mundo	218
23. Vigilia de Pentecostés	228
24. Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.....	236
25. Corpus Christi.....	247
26. Sagrado Corazón de Jesús.....	256

SOBRE EL AUTOR

Jesús Villarroel Fernández, O.P. nació en Tejerina (León) en 1935. Ingresó en el noviciado de los Dominicos de Ocaña. Realizó los estudios de filosofía en Ávila y la teología en Alemania y Suiza. Terminó su formación con el doctorado de filosofía en la Universidad de Santo Tomás en Roma. Dedicó largos años al profesorado en los Institutos de Filosofía y Teología de los Dominicos de Madrid y algunos cursos en la Universidad Pontificia de Salamanca. Su labor dentro de la Orden dominicana le llevó a ser prior y superior de varios conventos, así como, durante cuatro años, formador de los estudiantes de filosofía y teología.

Se ocupó, igualmente, de otras labores pastorales en la parroquia de Jesús Obrero en el barrio de San Blas (Madrid), en la parroquia de Nuestra Sra. del Rosario en la calle de Conde de Peñalver (Madrid), donde fue párroco durante diez años, y en la parroquia de San Martín de Porres de Móstoles (Madrid) donde ha sido vicario varios años. También trabajó con intensidad durante más de 45 años en la Renovación Carismática Católica, sobre todo en la predicación, y durante ocho años en la coordinadora nacional. Como fruto de su labor pastoral y de predicación han ido publicándose sus libros, en los que se recoge la experiencia espiritual que el Espíritu Santo ha regalado a la Iglesia por medio de la predicación de la gratuidad.

En diciembre de 2020 la revista *Religión en Libertad* le otorgó el premio especial del año por toda una vida

entregada a la predicación, y por la novedad que esta entraña en orden a la evangelización. Ha desarrollado una teología con un énfasis especial en la gratuidad de la salvación como don de Dios. En sus palabras de agradecimiento por el premio recibido, explicó **la teología de la gratuidad** como una propuesta entre la gratuidad de la salvación que defiende Lutero y de la teología de la Contrarreforma. Es una teología intrínseca, cuya gratuidad se basa en la gracia santificante que nos viene por la muerte y resurrección de Jesucristo, del hombre Jesús, que captamos vivencialmente en nuestra vida como don y regalo previo a cualquier obra o mérito de nuestra parte.

El 30 de agosto de 2022, en el Real Monasterio de Santo Tomás de Ávila, 10 días después de terminar este libro, partió a la casa del Padre rodeado de su comunidad de frailes dominicos, tal como él quería. Chus nos ha dejado un legado de incalculable valor espiritual en sus predicaciones y libros. En la homilía de su funeral, Fray César Valero, vicario en España de la Provincia del Rosario, a la que Chus pertenecía, lo definió como “hombre de Dios, predicador incansable que amaba y servía a su orden en fiel obediencia”. Interceda por nosotros.

Los libros de Chus publicados son:

- 01 Seminario de iniciación a la vida en el Espíritu (1994)
- 02 La Renovación carismática (1995)
- 03 Crecimiento de la vida en el Espíritu (1998)
- 04 Predicador de la gracia (1999)

- 05 Vivencias de gratuidad (2002)
- 06 Hágase en mí (2004)
- 07 Cristo, mi justicia (2006)
- 08 Pensando en Dios (2008)
- 09 Glosas a una vida (2009)
- 10 Santo Domingo de Guzmán (2011)
- 11 Relatos de gratuidad (2013)
- 12 Meditaciones sobre el viacrucis (2014)
- 13 Teología de la Renovación carismática (2014)
- 14 Espiritualidad carismática (2015)
- 15 Reflexiones desde el cáncer (2017)
- 16 Mis Confesiones (2020)
- 17 Detrás del Coronavirus (2020)
- 18 Dones, carismas y frutos en Santo Domingo de Guzmán (2021)
- 19 Cantar de los cantares (2021)
- 20 Mi fecha de caducidad (2022)
- 21 Homilías en tiempos difíciles (2022)

INTRODUCCIÓN

Todas las generaciones son perversas y adúlteras, no solo aquella con la que convivió Jesús. Si no hubiera una generación siguiente se acabaría la historia, tragada por la mediocridad de los coetáneos. La generación siguiente es salvadora. Antes se apelaba al pasado diciendo que “cualquier tiempo pasado fue mejor”; ahora se mira al futuro del que se espera poco menos que la eterna juventud. Una cosa tenemos clara y es que el futuro no va a ser como nosotros lo imaginamos. Las grandes sorpresas no se agotarán jamás.

La generación presente es una más en la serie histórica, pero en ella los principios mencionados se encuentran alterados por una gran sorpresa: la de una pandemia universal. Ochenta y cuatro años he vivido yo sin peste, ni pandemias ni epidemias, fuera de pequeños brotes más o menos locales que se han ido venciendo poco a poco. No solo no las ha habido, es que ni siquiera han existido en el pensamiento o imaginación, porque todos nos hemos creído que esas taras habían sido ya vencidas para siempre por nuestra ciencia poderosa.

¿Dónde hemos estado? ¿Qué nos habíamos creído? La humanidad necesitaba esta terapia porque caminábamos fuera de toda humildad, no sabemos dónde. En mi larga vida nunca pensé que podría llegar una epidemia universal. No cabía en mi cabeza un confinamiento de meses con la policía a la puerta de tu casa para que no salieras. Nunca pensé que no pudiera ver a un amigo gra-

vemente enfermo, ni que se me prohibiera ir a su entierro o funeral. Ni pensé que le iban a enterrar, por atasco, doce días después de muerto en total soledad con la sola seguridad de la estadística oficial. ¿Dónde quedan nuestros derechos en una pandemia de estas?

Acepto la humillación. Es más, quiero que me sirva, que me haga bien, que me haga solidario de un pasado que creía superado, que la impotencia de generaciones pasadas no me produzca soberbia, que el progreso no me deshumanice. En pleno siglo XXI estamos siendo tan vulnerables como hace cientos de años. Las bravatas de los maestros de la sospecha, la petulancia de la ciencia, la soberbia del ateísmo racionalista, cómo nos han engañado a todos. Ni la torre de Babel.

He tenido mucho tiempo durante estos dos años largos para estar conmigo, para descubrir mi celda, para rezar, para escribir libros, para tener miedo, para ahondar en la trascendencia, para afilar mi esperanza, para empatizar con la humanidad de Jesucristo, el hombre Jesús, el resucitado, el que ha sufrido en los muertos de esta peste, algunos de ellos de mucha intimidación. Sí, han muerto muchos dominicos, ocho de ellos muy cercanos y amigos del alma con los que he vivido el cariño de largos años de convivencia y de afanes comunes.

He tenido tiempo para estas cosas y otras muchas. Ahora bien, según dice el refrán: “no hay mal que por bien no venga”; también la pandemia nos ha traído muchas cosas buenas. Creo que he crecido espiritualmente, he pasado como dos años seguidos de ejercicios espiritua-

les, he escrito varios libros, y me he comunicado mucho por las redes telemáticas. Hemos tenido menos presencia real pero mucha más virtual. Hoy en día hay menos predicadores pero mucha más palabra porque las posibilidades que ofrecen las redes sociales son inagotables.

Para sustituir la reunión presencial del grupo de oración, prohibida por el miedo y las autoridades, he tenido cada semana una misa por videoconferencia, en nuestro caso por zoom, para que la pandemia no nos dispersara a todos demasiado, como a ovejas sin pastor. Cien misas y cien homilías que van hasta ahora, era una pena que se les perdiera el rastro con el paso del tiempo, habiendo sido pronunciadas en tiempos especialmente difíciles que le dan como es lógico una distinción especial. En casi todas estas homilías, de una forma o de otra, la pandemia y sus turbulencias se hacen visibles y nos pueden servir de recordatorio cuando el Señor nos libre de ella y volvamos a la normalidad.

Esa es la razón por la que me he decidido a publicar en un libro varias de estas homilías. Tres hermanos me han hecho la transcripción de hablado a escrito y yo las he podido corregir ya sobre el papel. La tarea es difícil. Algunas veces pensé que sería más fácil hacerlas de nuevo, pero no lo he hecho porque se perdería el tú a tú de la homilía para convertirse en un simple artículo. La homilía es para un círculo concreto de personas y debe guardar, creo yo, ciertas características del diálogo.

Son largas, eso sí, porque en tiempo de pandemia no existen las mismas prisas que en los tiempos normales.

Confinados en casa, sin posibilidad de salir durante meses ni siquiera para dar un paseo, el público, cada uno desde su ventanita, animaba a seguir hablando entre otras razones porque no tenía otra cosa que hacer. No sé si acerté o no, pero desde la primera misa yo quería hacer verdadera eucaristía con comunión sacramental y todo, como en la presencia corporal. Por eso les invité a que los que tuvieran suficiente fe, se procuraran su pan y su vino que yo haría la intención de consagrarlos para que pudieran comulgar. Siempre dispuestos a obedecer si en algún momento la Iglesia desaconsejara esa práctica sacramental.

Nuestro Papa actual Francisco no es muy amigo de estas liturgias platónicas y nos dice que como la presencia corporal, con el calor y la ternura de la carne, no hay nada. En eso estamos totalmente de acuerdo, mas en ciertos momentos tenemos que conformarnos con lo que se puede hacer. Las misas y reuniones públicas en algunas iglesias españolas llegaron a prohibirse de modo que los obispos no tuvieron más remedio que aconsejar las misas por televisión o por videoconferencias.

Sea lo que sea, ahora, en marzo de 2022, parece que la pandemia va ya remitiendo. La sexta ola subió muy rápida a partir de las navidades pero ahora va bajando casi a la misma velocidad. Seguimos con la mascarilla y otras cautelas pero comenzamos a vivir de manera mucho más relajada. Todavía rondan los quinientos fallecidos cada día en España, pero el sistema sanitario está mucho menos colapsado. Esperemos que estos dos años tétricos nos hayan servido para algo.

ADVIENTO Y NAVIDAD

01. UN FESTÍN DE MANJARES SUCULENTOS

HOMILÍA MIÉRCOLES DE LA I SEMANA DE ADVIENTO 2/12/2020

Lectura del Profeta Isaías 25, 6–9.

Dará el Señor en este monte un festín de manjares succulentos, de vinos de solera y disipará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, la penumbra en la que viven todas las gentes. Aquí será eliminada la muerte. Enjugará el Señor Yahvé las lágrimas de todos los ojos y quitará el oprobio de su pueblo de sobre la haz de la tierra porque ha hablado. Se dirá aquel día: Ahí tenéis a nuestro Dios; este es Yahvé en quien esperábamos que nos salvara; ahora nos alegramos y regocijamos por su salvación. Sobre este monte reposará la mano del Señor.

Queridos hermanos:

Me vais a perdonar que hoy no hable del evangelio del día. Voy a hablar de la primera lectura que hemos leído del profeta Isaías. Así lo haré, creo yo, en los siguientes miércoles de adviento porque este tiempo le pertenece a Isaías, él es el profeta del advenimiento, de la esperanza, del triunfo del Señor en Jerusalén. Las lecturas de este profeta las tiene ya la Iglesia muy identificadas con el misterio de la esperanza que es el centro de este tiempo de espera de la llegada del Mesías. Él es el profeta del Emmanuel, del Dios en medio de nosotros en forma de niño.

La profecía de hoy viene narrada en el capítulo 25 y va fundamentalmente contra los arrogantes, los poderosos y los déspotas, aunque Isaías no se refiere a personas, habla de pueblos. Son los pueblos vecinos los que tiene en su mente: los moabitas, los edomitas, los filisteos, todas aquellas naciones que en un momento dado se habían aliado para atacar a Israel. Los israelitas entraban en depresión y entonces viene la profecía de Isaías, diciendo: *No os preocupéis porque el Señor en este monte preparará un festín de manjares succulentos. Este monte durará para siempre.* Algunas profecías, casi todas ellas, se realizan, no en el Antiguo Testamento, sino que son figuras que se cumplen en el Nuevo, sobre todo con Jesucristo o alrededor de nuestro Señor Jesucristo.

Hace 50 años que viene el pueblo de Maranatha escuchando todos los primeros miércoles de adviento esta misma lectura. Cada año se repite. Todos los grandes predicadores de este pueblo, gran parte ya en el banquete del Reino, han pasado por esta cátedra y hemos escuchado cosas muy bellas. El primer miércoles de mes, que en diciembre coincide con el primer miércoles de adviento, siempre hay misa. Grandes maestros y grandes predicadores nos han transmitido la gratuidad de este banquete que no es cosa nuestra sino del Señor que es el que lo prepara.

Cito solo a uno de ellos, Julio Figar¹, que hace muchos años decía con énfasis: “Que el Señor nos habla aquí de

¹ Julio Figar murió en un accidente ocurrido el 28 de diciembre de 1981. Tenía 27 años y dos de sacerdocio.

que él es el que va a actuar, él nos preparará un banquete, que no lo tenemos que preparar nosotros”. Lo decía con mucha fuerza porque eran los primeros años que se predicaba la gratuidad y la gente no estaba todavía muy entrenada. Entonces cuando se decía que el Señor preparará, todo el mundo lo entendía a la manera de la Teología de la Retribución², es decir, con un protagonismo de nuestra parte y de nuestro yo que le robaba la gloria a Dios. Éramos nosotros los que hacíamos la obra, ayudados por la gracia de Dios. No habíamos descubierto todavía al Espíritu Santo obrando en nosotros.

Hoy se cumple aquí esta profecía porque estamos en la eucaristía, y este banquete de manjares sabrosos no podemos explicarlo de otra forma ni encontrar el cumplimiento de la figura en otro sitio más grande que en este sitio, la eucaristía. Es esta tarde cuando tiene que realizarse, en esta eucaristía, la experiencia de salvación al comer y beber estos manjares succulentos. No podemos esperar al Señor mañana, es aquí y ahora donde él se te quiere mostrar. Aquí se da el manjar sustancioso y el viejo vino de buena madre que alimenta al mundo, si bien todavía no es la realidad plena ya que la eucaristía es, a su vez, figura de otra realidad que es el convite definitivo y real con Jesucristo y con su Padre en el cielo. Al participar de esta eucaristía el Espíritu Santo nos levanta el velo y quita el paño de nuestra conciencia pecadora para que entendamos de dónde viene nuestra salvación. Es más,

² La teología de la Retribución enseña que Cristo nos ha salvado pero que el llegar al cielo depende de nuestros méritos y esfuerzos.

aquí en este monte es vencida la muerte al proclamar la resurrección de Cristo. En ese vencimiento de la muerte se cumple plenamente esta profecía al decir: *Aquí será eliminada la muerte.*

A cualquier lector en tiempo de Isaías seguro que le sonó extraña esta frase que anuncia el profeta en este párrafo cuando dice: *En este monte, en este banquete, la muerte será vencida.* Quiero en esta homilía unir el banquete con las muertes que estamos padeciendo en la pandemia. Es lo que tenemos en el alma en estos días. Pero ¿cómo se une un banquete con la muerte?, ¿cómo un banquete puede vencer a la muerte?, ¿cómo es posible que yo tenga tan poco miedo al virus y a su muerte?, ¿está alguien o algo venciendo dentro de mí? Le pido al Señor espíritu de sabiduría y de revelación, primero para mí y después para vosotros. Primero para mí, porque me voy a meter en un lío del que a lo mejor no salgo satisfecho ya que no es nada fácil explicarlo y, así como no es nada fácil para mí explicarlo, tampoco es nada fácil para vosotros entenderlo, y si lo entendéis y salís, sobre todo con un corazón nuevo, compungido, tocado, es que ha habido Espíritu de sabiduría y de revelación. Lo que sí quiero decir es que me encanta hablar de este misterio; seguro que en alguna otra homilía de este libro lo volveré a mencionar de alguna forma.

Es el Señor el que nos prepara este festín de manjares suculentos; así que debemos de estar muy atentos a lo que sucede y a lo que nos diga el Espíritu. Ninguno de nosotros está preparado para entrar en este banquete ni

vestirnos indumento de bodas ya que estamos sometidos al pecado y a la muerte. El único remedio que teníamos para hacernos vencedores y poder acceder al banquete era la ley judía, pero se ha mostrado impotente. La vacuna de la ley no ha podido vencer a la muerte y al pecado en la pandemia universal de la que está contagiado todo ser humano. ¿Por qué la ley no nos ha podido librar del pecado? *Porque la carne de pecado, la nuestra*, dice San Pablo, *es más poderosa que la ley*. Por más que la ley nos mande o prohíba cosas, el pecado y la concupiscencia vencen fácilmente porque son más fuertes que nuestra buena voluntad de cumplir la ley. Esto nos impide salir del círculo no solo del pecado sino también de la muerte, ya que la muerte es la paga o consecuencia del pecado. La ley nos sugiere cosas buenas y yo quiero hacerlas, pero no puedo porque la ley del pecado que llevo en mis entrañas es más poderosa. ¡*Pobre de mí*!, dice Pablo, *quién me libraré de este círculo de muerte que me oprime!* Gracias sean dadas a Cristo Jesús que me introduce en el banquete de los salvados

Después de esta exclamación comienza San Pablo el capítulo 8 de la Carta a los Romanos diciendo: *Ánimo, tenemos a Cristo y con él ya no hay condenación posible para los que están en Cristo Jesús*. Frase fuerte, difícil de asumir por nuestra psicología y por nuestra moral débil y culpabilizada. Digo que es una frase de San Pablo, que no es mía, no venga alguien diciendo que yo me paso tres pueblos en todo. No, es de San Pablo que continúa: *Ya no hay condenación posible para los que están en Cristo Jesús*,

porque la ley del Espíritu que da la vida te liberó de la ley del pecado y de la muerte. El pecado y la muerte existirían para siempre, si no hubiera venido una ley nueva, la del Espíritu que elimina a la ley del pecado y de la muerte.

Como vemos la ley antigua, aunque buena y santa, no ha tenido la fuerza para librarnos, dejándonos a merced del pecado que nos domina. No vencemos a la muerte y al miedo que hay en la pandemia. Y si no nos libra del pecado tampoco del miedo a la muerte, a la condenación, y a toda clase de temores relacionados con el futuro y el mundo venidero. Que los jóvenes se reúnen por la noche contra la ley, en fiestas y macrobotellones, contagiándose los unos a los otros, que la policía está perdiendo toda autoridad al querer imponer la ley... Bueno, pues ya lo dijo San Pablo, que “la fuerza de la carne es mayor que la ley”. No es que los chicos sean malos. Es simplemente que la ley del confinamiento en las casas, las continuas prohibiciones, crean un malestar opresivo por causa de lo mandado, sobre todo en casos extremos como una pandemia, y los resortes del comportamiento saltan hechos trizas. San Pablo dice que la concupiscencia excitada por la tiranía de la ley se rebela y comete tropelías. Cuantas más prohibiciones, más ganas de saltárselas. Pero, si no nos salva la ley: ¿quién nos puede salvar? Necesitamos otro salvador y así estamos esperando la vacuna que deseamos que sea verdaderamente efectiva.

Hoy por hoy, cuando predico estas cosas, la vacuna anticoronavirus aún no ha llegado. Es objeto de adviento y de esperanza. Yo no iría muy lejos para buscar obsesiv-

amente una vacuna, pero sí me sirve como parábola para mi oración en este adviento extraño en que nos sentimos tan constreñidos. Cuando tengo más ánimos me comento a mí mismo la suerte de haber pasado en la vida por una pandemia. No todos han tenido este privilegio. Hay en ella una profundidad que otros advientos no tienen. Este adviento es especialmente rico; nunca podríamos entender a Isaías mejor. Nos dice el profeta: Necesitamos un banquete para vencer a la muerte. Sí, porque la carne de este banquete va a resultar muy alimenticia y poderosa. La pandemia nos coloca en la verdadera perspectiva. Una pandemia lo es cuando hay muertos, cuando se te mueren amigos del alma a tu vera y no te dejan estar con ellos ni en el hospital ni en el entierro. La cercanía de la muerte, el sentirla a tu lado, cambia la calidad de cualquier otro sufrimiento por más que se diga. Una pandemia existe cuando ves que el virus derrota a la ciencia y se va imponiendo sin remedio, cuando no puedes visitar a tus enfermos, ni enterrar a tus muertos. Cuando no puedes visitar a tus familiares porque están muertos de miedo, cuando los niños tienen en clase todas las ventanas abiertas en pleno invierno, cuando no cabe ni una pieza más de ropa en el ropero de la parroquia, cuando sales a comprar el periódico y el policía te pregunta dónde va usted...

Alguno seguirá insistiendo: “¿y por qué se te ocurre hablar de la carne de pecado que no puede ser controlada por la ley, ahora al pie de la Navidad? Estas cosas son para cuaresma y semana santa”. Es verdad, pero es que este año suenan los villancicos de manera muy distinta, ¿no lo

notas?, ¿no notas que en este diciembre lo que importa es vencer a la muerte? El virus se pasea por las calles con metralleta y nosotros huimos de él como ratas y a esta huida la llamamos victoria. Que si la mascarilla, que si aerosoles, que si guantes, que si lavarse las manos, que si metro y medio de distancia, confinamientos y más confinamientos aunque sean inconstitucionales. Las fábricas sin obreros, el metro sin viajeros y las Cortes en hibernación los seis meses últimos como los osos de mi tierra. Huir del virus, para parapetarnos contra él lo llamamos vencerlo. No nos importa engañarnos. Al menos que la fe nos traiga una palabra de consuelo. Por eso hablo de estas cosas en adviento, en este adviento. Y la fe nos dice que nuestra carne de muerte no tiene la última palabra porque ha sido vencida por la carne limpia y resucitada de Cristo. Y esto lo vivenciamos en este banquete. Sí, la carne del banquete vence al miedo a la muerte. De hecho yo no tengo demasiado miedo.

Nunca como en una pandemia se necesita la carne humana limpia, necesitas que no te moleste el aliento de nadie, que un estornudo de un familiar o de un amigo no te ponga nervioso, que no se enfaden los tuyos si sales a la calle a media mañana, si se te olvida la mascarilla al recibir una visita. Este año necesitamos, más que nunca, la encarnación de un niño sin virus. Por eso hablo de la carne, porque Dios, *“habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la nuestra, a la del pecado, y en orden al pecado, condenó al pecado en la carne, a fin de que fuéramos salvos”*.